

Isabel Allende novela una vida...

VIENE DE E 1

ganarse la vida, era muy ajena a mi mamá, era otra generación". Además, señala, "yo estaba muy cerca emocionalmente". Fue entonces cuando apareció Violeta. "Yo creo que es la persona que mi mamá podría haber sido", afirma.

—¿Por qué situó la novela entre dos pandemias?

"Porque me pareció que era súper poético tener eso como principio y fin. Si mi mamá se hubiera demorado un poquito en morir, habría nacido en una pandemia y muerto en la otra".

Escribir por instinto

—¿Por qué vuelve a la familia Del Valle, de "La casa de los espíritus"?

"Es un guiño. Los Del Valle eran muchos hermanos, así que tengo para varios libros. Pero fuera de ese guiño no hay más".

—Usted empezó a escribir "La casa de los espíritus" como una carta a su abuelo, cuando él se estaba muriendo, y en este caso Violeta le escribe a su nieto, a quien quiere dejarle esa memoria. ¿No hay coincidencia también en eso?

"Mira, analizándolo, tienes toda la razón, pero yo escribo más bien por instinto, sin un guión, me siento a imaginar y van pasando cosas. Entonces digo, bueno, nació en la pandemia, ¿cómo sería la pandemia en aquel momento? Imagino un nacimiento, y a partir de ahí, las tías van apareciendo de cuerpo entero y ya no me puedo desprender de ellas. De repente aparece una institutriz inglesa, supuestamente, aunque sea irlandesa, y bueno, yo la quería para una cosita, pero también crece como personaje y ocupa un territorio inmenso, y van esos personajes guiando la historia por diferentes caminos".

Isabel Allende se deja llevar, porque "me parece que cuando estoy escribiendo una novela como que se confabula el universo para darme material". Así le ocurrió también con sus personajes involucrados con la mafia y el lavado de dinero. "Mira, estoy casada con Roger, y un tío de Roger era de la mafia y tuvo que pagar una fortuna para poder retirarse. Todas esas anécdotas son del tío. Además, Roger es abogado de impuestos. Y así va llegando el material. ¡Es maravilloso! Todo eso se ordena. También las experiencias y lo que oíste por aquí y por allá".

"Torito" y las nanas

El suicidio del padre —frente a la debacle económica y al quedar en evidencia sus malas prácticas en los negocios— obligan a Violeta, su madre y sus dos tías a refugiarse en el campo, en una propiedad llamada Santa Clara, cuyo pueblo más cercano —e ínfimo— es Nahuel. Las acompaña Apolonio Toro, Torito, el hombre encargado de los más diversos trabajos de la casa a cambio de techo y comida. Pasados los años, la lealtad de Torito lo convertirá en una víctima de la represión política. El personaje, cuenta Isabel Allende, también tiene una inspiración en la realidad. "Cuando vivíamos en la casa del tata teníamos un Torito, que venía a pulir los pisos, limpiaba los vidrios, hacía los trabajos pesados. Le decían el 'hombrecito'. Yo lo observaba de chica atentamente, porque trataba de imaginar la vida que tenía fuera de la casa. A mí se me quedó Torito en el corazón, como se me quedaron algunas nanas, que siempre aparecen en mis libros; tengo un respeto y un cariño extraordinarios por esas mujeres que me criaron".

En el libro, Isabel Allende también le agradece a Berta Beltrán, que trabajó más de cuarenta años con sus padres y le sirvió de modelo para "la leal" Etelvina. "Ella inspiró ese personaje, tal cual, o sea, no tuve que inventarle nada, cambiarle el nombre, nomás. La Berta veía las noticias

Yo realmente creo en las relaciones, creo que lo más importante en la vida es cómo nos relacionamos con los demás y con el mundo".

En la vejez, si eres sano, puedes estar participando en el mundo; yo hago ejercicio, saco a caminar a los perros, hago el amor, escribo".

(Con Felipe Berríos tenemos) una amistad profunda, que es muy curiosa, porque es la amistad entre una feminista agnóstica y un jesuita".

Ve a Chile con una curiosidad y una esperanza extraordinaria; yo creo que el país está viviendo un momento único y los ojos del mundo lo están mirando".



"Mi mamá tenía sentido del humor, era irónica, divertida, encantadora", dice Isabel Allende sobre Francisca Llona. Aquí, junto a ella y delante de una de sus pinturas.

con nosotros y siempre tenía algún comentario de lo que estaba pasando, y el tío Ramón decía 'escuchen la voz del pueblo, esto es lo que va a pasar'".

Conversaciones del alma

—¿Cuál es su relación con el padre Felipe Berríos, a quien le dedica su novela?

"Una amistad profunda, que es muy curiosa, porque es la amistad entre una feminista agnóstica y un jesuita. Imaginate las discusiones, las conversaciones que tenemos. Él vive a encontronazos con los obispos y con la jerarquía, porque tiene otra visión de lo que debe ser la espiritualidad, y muchas veces yo le he preguntado 'por qué eres cura si estás en contra de esta lista de cosas'. Y me dice que él va a morir jesuita, que la fe no le ha fallado nunca y que él cree que puede hacer mucho desde adentro. Pero en fin, es la única persona con la que yo hablo del alma y con quien puedo discutir a fondo la visión que tengo de lo que debería ser el mundo y la que tiene él".

Se conocieron gracias a la madre de Isabel, cuando Berríos hacía la misa dominical en el Colegio San Ignacio. "Yo no entro a una iglesia ni aunque me paguen, pero por acompañar a mi mamá, iba. Ahí establecimos una relación, pero mi primera conversación en serio con él, y que se ha mantenido por años, fue en el 2014, justo antes de que se fuera a la Chimba".

—En "Violeta" usted vuelve al tema de la vejez, pero la distingue de la ancianidad. ¿Dónde está la frontera?

"Yo vi a mis padres vivir mucho; mi mamá murió de 98 años y el tío Ramón, de 102. Ellos fueron viejos mucho tiempo, pero cuando fueron ancianos hubo una diferencia completa, ya no podían hacer nada por ellos mismos. La Berta manejaba un equipo de cuatro mujeres, se turnaban para atenderlos día y noche. Esa es la ancianidad, la total dependencia y sentarse a esperar la muerte, nada más. Pero en la vejez, que es la que tengo yo, si eres sano, puedes estar participando en el mundo con curiosidad por todo, trabajando, moviéndote; yo hago ejercicio, saco a caminar a los perros, hago el amor, escribo. Hago lo mismo que hacía a los 50, y con más ale-

gría, porque no tengo ninguna carga familiar. Además, llega una edad en que una ya sabe decir que no, entonces a mí me ofrecen un doctorado en alguna universidad y yo digo no, porque no tengo ganas de subirme al avión, listo. Y porque no tengo para qué agregar otro doctorado a los dieciséis que ya tengo. Esa libertad es maravillosa".

—¿Cómo mantiene el amor y su pasión por la vida?

"Yo creo que esa pasión es una mezcla de energía y buena salud, y además un temperamento romántico, porque yo realmente creo en las relaciones, creo que lo más importante en la vida es cómo nos relacionamos con los demás y con el mundo. El amor que comparto con mi nuera, que ha pasado a ser como mi hija, y con mi hijo es sagrado para mí, lo cultivo cuidadosísimamente; el amor de pareja, también, lo cultivo de una manera romántica. Pero cuando veo que es un esfuerzo unilateral o que ya la cosa no da para más, digo basta, me voy y no me vuelvo a acordar nunca más de la persona".

—¿El despertar de Violeta respecto del feminismo y de la política muestra también la evolución de la mujer en un siglo?

"Claro, esa señora de esa clase social, con esas tías que la criaron en un ambiente conservador, católico, tiene que ir descubriendo de a poco la realidad; no es que de repente va a ser iluminada. Está el contraste entre ella, que a pesar de que Julián le pega viene a descubrir más tarde el feminismo, y una chica de 12 años que le dice 'yo soy feminista'. Ella no había oído la palabra en su vida, y preguntada qué es eso; 'derrocar al patriarcado', le dice la chiquilla, porque ya lo tiene claro. Para esa generación ya está claro".

—Por distintos motivos, Violeta pierde el control de sus hijos; incluso su hija muere y después de eso ella crea

una fundación, lo que es un paralelo con su propia vida. ¿Ha sentido culpabilidad respecto de sus hijos?

"Una madre que pierde un hijo siempre tiene la tentación de pensar 'no hice todo lo que tenía que haber hecho'. Pero yo sé que hice todo, dado el conocimiento y los recursos que tenía en ese momento, y las circunstancias. Sí me da rabia que haya pasado, porque podría haberse evitado. Hubo negligencia seria, grave, en el hospital. Y Paula murió por eso, no por porfiria. Claro, eso me irrita enormemente, y nunca olvidaré el nombre del médico que fue responsable. Pero yo personalmente no siento culpa".

Aunque admite: "Cuando eran chicos, yo era la madre más negligente del mundo, porque estaba ocupada en otras cosas, en la revista Paula, en televisión, mucho más entretenida afuera que en el mundo doméstico. Desde el punto de vista de la maternidad, yo fallé mucho, pero Nicolás me recuerda como la madre más presente y me quiere como si yo hubiera estado siempre ahí". Y añade: "Sin él ahora no podría hacer nada. Maneja la fundación, maneja mis finanzas, los impuestos, los contratos, la tecnología, todo".

—Usted siempre vuelve a Chile en sus libros, ¿cómo lo ve en esta etapa?

"Lo veo con una curiosidad y una esperanza extraordinaria; yo creo que Chile está viviendo un momento único y los ojos del mundo lo están mirando. Porque es un país, una generación de jóvenes que se hacen la pregunta de qué futuro queremos. Vamos a hacer las normas para ese país que queremos. Eso es extraordinario. La generación de Boric puede soñar el futuro, porque va a heredar el planeta. Vamos a ver si resulta o no, pero lo que resulte va a ser mejor que lo que había. No creo que esto vaya a degenerar en una cosa como la de Venezuela ni mucho menos; yo creo que va en la dirección de Alemania".

—Usted no es creyente, pero sí muy espiritual, ¿cree que le hace falta más espiritualidad a Chile?

"Bueno, eso es lo que alega Felipe Berríos. Él dice que vivimos en una sociedad del desperdicio, el consumo y la basura; todo se bota, ya no sirve, porque pasó de moda. Y sin duda, a nivel personal, yo creo que a todos nos hace falta revisar nuestros valores y tener una vida mucho más centrada en la naturaleza y en la espiritualidad, por la felicidad propia. Pero a modo de país, yo creo que primero hay que resolver los problemas prácticos: de los jubilados, la salud, la educación, la inclusión. Eso viene primero".

Cien años de violencia

—Haciendo un paralelo con los "cien años de soledad", de los que habló García Márquez, ¿cómo llamaría a estos cien años que abarca la vida de Violeta?

"... Son cien años de violencia. Porque fue violencia no solo de la Primera y Segunda Guerra Mundial, de la Guerra Fría y de todas las guerras entremedio, que no las contamos, las hambrunas, sino también la guerra contra la mujer, que ha existido siempre, pero que ahora tiene nombre, se llama femicidio, se llama violencia, se llama tráfico humano, se llama violación. Eso es el siglo XX".

Isabel Allende cuenta que ya tiene otra novela terminada y que este 8 de enero empezó un nuevo libro, sobre el que solo adelanta que no es ficción. A mí me gusta más escribir ficción, me siento más suelta, más segura. Pero hay veces que surge un tema o algo que a mí me importa mucho y entonces lo exploro. Además, necesito desafíos, para qué voy a seguir repitiendo aquello que me sale fácil. Te voy a confesar que 'Violeta' me salió tan fácil, porque casi todo lo viví; está todo lo de mi mamá". Y reconoce: "La echo de menos; echo de menos escribirle, contarle la vida, porque la vida se va tan rápido".



VIOLETA
Isabel Allende
Sudamericana,
Buenos Aires,
2022, 396
páginas, \$17.000.
NOVELA



Isabel Allende ha decidido no hacer más giras, pero la invitan de todo el mundo. Sus libros han vendido más de 70 millones de copias y se han traducido a 42 idiomas.